

# Miedo ¿de qué?

Entrevista con AGUSTÍN GARCÍA CALVO



© Orio. Semana Santa de 1983. Retrato de José Bergamín con su médico, el doctor José Luis Barros

**Archipiélago:** Nuestros miedos infantiles parece que se decantaban hacia lo desconocido, lo no definido, los ruidos no identificados, la sospecha de no se sabe qué, la oscuridad, y que esa inquietud cesaba cuando alguien encendía la luz y nos hacía ver que allí no pasaba nada nuevo. Como si el saber de las cosas las descargara de su amenaza. Y ese mecanismo anímico de desactivación del miedo por el conocimiento parece que después sigue funcionando toda la vida. En cambio, tú insistes en el *miedo a lo conocido*. ¿Nos puedes hablar de estos dos miedos?

**Agustín García Calvo:** “Miedo” es un nombre, al menos de primeras o mayormente, que parece aludir a un sentimiento, esto es, algo que se supone anterior, primario, espontáneo y, en fin, ajeno a las ideas o conocimientos, y algunas veces sucesos de uno a los que llamamos miedo tienen esas condiciones, no puede negarse (y, como para probarlo, les atribuimos sucesos semejantes a los animales): así cuando se levanta “instintivamente” el brazo para protegerse de una amenaza que de pronto se nos echa encima, o cuando un niño retira la mano de la chapa incandescente o, si tiene ya alguna experiencia, un poco antes de llegar a tocarla, etc. Ahora bien, es ilustrativo a nuestro propósito que esos casos justamente, en la medida en que sean reacciones inmediatas (instintivas, animales), dejan de poderse llamar “miedo”, precisamente porque en ellos el miedo se queda sin lu-

gar: para que haya propiamente miedo, aquello de lo que se tiene miedo tiene que estar de algún modo alejado del que lo siente, es decir, en definitiva “alejado en el tiempo”, o sea futuro. Pero es que de lo futuro no se puede tener sentimiento alguno: sólo idea, saberlo o al menos sospecharlo y calcularlo. Esto es lo que, entre los humanos, está típicamente representado por el miedo de la muerte de uno, siempre futura, del que con buena razón puede suponerse que son anticipaciones o disimulos los miedos de las otras cosas que uno teme: ruina, enfermedad, vejez, abandono... Lógicamente, pues, no se puede tener miedo más que de lo que se sabe, ciertamente, falsamente, equivocadamente, da lo mismo: lo que importa es que tiene que ser miedo de algo futuro, de algo, por tanto, que no hay, que no está aquí, y cuya presencia sólo está en la idea que uno se hace, en su saber.

A.: ¿Cómo es, entonces, que se habla tantas veces del miedo a lo desconocido, y hasta se ponía a veces el fundamento de las religiones en una especie de protección o salvación de ese miedo a lo desconocido?

A. **García Calvo:** La equivocación que en esas proclamaciones o teorías está implícita es también ilustrativa a nuestro propósito. Téngase en cuenta que, cuando se dicen esas cosas, a “lo desconocido” se le hace conocido y real, puesto que se habla de ello, al mismo tiempo que se pretende que siga siendo desconocido: es como si, ante el miedo típico que un niño o cualquiera puede sentir al entrar en un ámbito oscuro o al ver por delante que va a tener que andar por un suelo resbaladizo o por la cuerda floja, se quisiera interpretar la cosa diciendo que es un miedo a lo desconocido, esto es, a la falta de datos suficientes para dar una cierta seguridad en que se puede preveer lo que se va a encontrar o lo que le va a suceder a uno. Es un abuso evidente, en el que no hace falta insistir: se da por supuesto el futuro y su cálculo o saber suficiente y a esa relativa falta de ideas o de datos, pero que no quita para nada el imperio de la previsión y del Futuro, se la quiere hacer pasar como algo verdaderamente desconocido, libre de ideas y saberes. Claro que, en fin, sucede a menudo que alguien se encuentra en una tesitura, más bien, inquietante y desagradable, en que le sale por la boca decir cosas como “tengo miedo y no sé de qué”: es una elección, bastante caprichosa, de ese nombre para un sentimiento en verdad complejo, indefinido, como lo son cualesquiera sentimientos de los que no se tiene idea, y habría que decirle a quien tal dice que lo que le pasa en verdad no es que tenga miedo, sino que no sabe lo que le pasa. De lo que de verdad no se sabe o se conoce no se puede tener miedo, por la sencilla razón de que eso no está ahí, no forma parte de la realidad, y en cambio lo que suele llamarse ‘miedo’ es cosa bien real.

A.: Nos gustaría que nos explicaras algo acerca de la ilusión de separación entre el “sujeto” que padece el miedo y el “objeto” que lo provoca.

---

Uno no dice "hay miedo", sino más bien "tengo miedo", como si "yo" y "miedo" establecieran una separación que invita a la acción, al enfrentamiento, como si el miedo acaeciera ajeno a mí y no fuera, como es, constitutivo de mí mismo.

**A. García Calvo:** Sí, en todo eso que he venido diciendo me he centrado en la cuestión del qué, de qué es lo que se teme, de lo que uno tiene miedo, dejando de lado la cuestión del quién, que, sin embargo, no puede en verdad separarse de la otra. Me limitaré a añadir que, desde luego, si el que tiene miedo es uno, la persona real de uno, constituida por su nombre y la idea de sí mismo, ése tiene que estar siempre, al mismo tiempo que creyendo en su futuro, ya que su futuro es el fundamento de su entidad y realidad, temiendo cualquier insuficiencia de datos, de promesas, de seguridades, que puedan amenazar su fe y su existencia, es decir en verdad (pero eso uno no puede saberlo), el tiempo vacío hasta su muerte. En cambio, si el que siente eso a lo que "miedo" alude no es una persona real, no sabe ni saben quién es él, entonces claro está que ése, que no existe (pero que, sin embargo, subsiste siempre por debajo de la persona de uno), no podría tener miedo más que de una cosa: de la existencia, de que lo reduzcan a ser, del todo y para siempre, uno.

\* Entrevista realizada por Isabel Escudero en Las Navas del Marqués el 31 de diciembre de 2000. Las peculiaridades ortográficas del texto responden al expreso deseo del entrevistado.